

Desde el primer momento de aquella victoria de los rojos hubo propósitos y proyectos de conciliacion amistosa entre el gobierno de Versalles y el gobierno de París. Los primeros en proponerlas fueron los comuneros que demandaron cuando el gobierno se refugiaba en la Escuela militar, para dirigirse á Versalles, en la misma noche del 18 de Marzo como medio de arreglarlo todo el nombramiento de Dorian para la alcaldía de París, el nombramiento de Edmundo Adam para la prefectura de policía, el nombramiento de Langlois para comandante de la Guardia nacional, y el nombramiento de Billault para general del ejército de línea, ó de la guarnicion de París. Mr. Emilio Labiche, subsecretario de gobernacion portador de un pliego de condiciones, para el arreglo de tamaño conflicto, anduvo de barrio en barrio, de alcaldía en alcaldía, no ya sin tratar, pero sin ver ni aun á las gentes con quienes poder convenir un trato. De suerte que, á los comienzos mismos de aquella insurreccion, descubriase por todas partes el síntoma, á la verdad más

terrible, el síntoma de una insuperable anarquía.

Abortada la proposicion del Gobierno vinieron las proposiciones de los diputados de París. Una gran parte de ellos habia abandonado sus cargos despues de las terribles condiciones de paz. Entre los que así procedieron, encontrábase Víctor Hugo, herido profundamente por el desden de una Asamblea, que debió ver desde los primeros dias el gran génio de la libertad, el profeta que anunció en versículos dignos de Isaías la destruccion del tirano y el quebrantamiento de su soberbia por un castigo implacable de la divina justicia. Aunque mermada y disminuida la representacion restante de París acudió al conflicto con palabras de paz y de concordia. Desconocer la única autoridad que aun quedaba en Francia, la autoridad de la Asamblea, parecíales á los diputados cosa revolucionaria y rebelde; pero desconocer la justicia de algunas quejas de París, parecíales cosa imprudente é impolítica. Así decidieron presentar una proposicion para que la Asamblea

concediese á París el derecho de nombrar su Ayuntamiento por sufragio popular, y á los guardias nacionales el derecho también de nombrar sus jefes. Una proclama divulgada por las calles, y fija en las esquinas con las firmas de los diputados y de los alcaldes, parecía abrir el corazón á la esperanza. Los más exaltados decían que, cediendo el Gobierno de Versalles en lo fundamental no había para qué sostener lo accesorio; y los más conservadores decían que á la verdad no se movieran por razones baladíes las dos terceras partes de París, y una concesión á tiempo debería dar más tarde, si no llegaban á obedecer la autoridad y á escuchar sus consejos, motivo á fuerte y legítima represión. Las tentativas conciliadoras estaban además sustentadas por el temor que se tenía en Versalles de no poder dominar á París; y el temor que se tenía en París de no poder contrastar á Versalles.

Una comisión de alcaldes y regidores de París, se había dirigido á la Asamblea en busca de nuevos medios que anudaran las necesarias conciliaciones para ahogar la guerra civil en su cuna. La llegada de estos embajadores conmovió profundamente á los diputados. Los republicanos veían en ellos los nuncios de la anhelada paz, y se regocijaban; pero los reaccionarios veían una junta de rebeldes á quienes la ley debía castigar severamente, y se indignaban con airadísima indignación. Cuando llegaban, Mr. Tolam, que pertenecía de antiguo á la Internacional, ocupaba la tribuna y proponía la inmediata elección del ayuntamiento. Apenas había acabado de pronunciar su discurso, cuando entran en la Asamblea varios diputados, mostrando en sus gestos y en sus ademanes que eran presa de una emoción profundísima. Todo indicaba que algo solemne, algo extraordinario iba á ocurrir. Mr. Arnaud de L'Ariege se levanta y anuncia que París tiende sus brazos á Versalles. Grandes rumores de la derecha pretenden ahogar sus

palabras. Pero Arnaud de L'Ariege insiste en su discurso de conciliación y pide que el alma del municipio de París, y el alma de la Asamblea de Francia se unan en el pensamiento de salvar la República. Los diputados de la derecha continúan tascando con dificultad aquellas palabras y recibéndolas con rumores de significativa protesta. Pero el diputado, como si no oyera, pide al Presidente que, coordinando la cortesía debida á los representantes del pueblo de París con los fueros de la Asamblea soberana, los reciba en su seno con las consideraciones dignas de su mandato y de su significación.

El Presidente, que á la sazón era el ilustre estadista Grevy, dice que los alcaldes de París, miembros de la Asamblea, pueden tomar la palabra y expresar los votos de su ciudad; mientras que los alcaldes de París no pertenecientes á la Asamblea, pueden penetrar en una tribuna distinguida, en su propia tribuna, y allí asistir á la sesión pública en que de sus intereses y de sus derechos se trata. El cuestor Mr. Baze, á pesar de su proverbial mal humor y de sus tendencias reaccionarias, se levanta á declarar que en cuanto supo la llegada de los alcaldes de París les señaló puestos de preferencia en las tribunas. A estas palabras suceden rumores de aprobación y rumores de desconcierto en uno y otro lado, según las ideas y los afectos de cada uno de los grupos.

Al fin, los alcaldes aparecen todos en las tribunas de la derecha. Llevan sus banderas tricolores al pecho, y se inclinan con profundas reverencias ante el presidente. Una salva de aplausos les recibe; una inmensa aclamación les saluda. Los diputados de la izquierda que ven doloridos la insurrección de París, creen, al presentarse los alcaldes, que París y Francia se reconcilian, que la capital se entrega á su nación y la nación á su capital; que la guerra civil está terminada, y la paz restablecida; que todos los ciudadanos se reconcilian en el seno de la República. A las aclamaciones de la izquierda contestan los alcaldes con vivas á la República; vivas á la Asamblea, vivas á la Nación.

Los diputados de la derecha ven á una en aquellas manifestaciones la repetición de escenas revolucionarias; las invasiones de los pueblos en el santuario de las leyes; el remedo de la Convención; la amenaza de que la Comunidad parisien se desprenda alguna vez sobre Versalles como en aquellos tiempos en que trasladó á viva fuerza toda la corte desde su antiguo santuario á la capital de las revoluciones; los espectáculos de desfiles tumultuosos, de gritos subversivos, de violencias armadas, que pusieron un día Francia á merced de los clubistas y de los comuneros, con cuyo aliento se alimentaba la llama del terror y sobre cuyas espaldas se mantenía el cadalso, en que pereciera la flor de la nación y se engendrara á los vapores de la sangre el monstruo del Cesarismo.

Sobreescitada por estos recuerdos, la derecha monárquica protesta ardentemente contra las sendas aclamaciones salidas de la tribuna donde estaban los alcaldes y de los bancos donde se asentaban los republicanos. Parecíale aquel estruendo la entrada triunfante de la insurrección comunera en la Asamblea nacional. Muchos diputados bajan de sus asientos y se encaminan á la presidencia, conjurando al presidente á que se cubra y termine aquella sesión profanada. El cuestor Baze, arrepentido de su intervención, declara que de haber adivinado el tumulto, no permitiera á los alcaldes la entrada. La izquierda ve en las vociferaciones de protesta y en los ademanes inconvenientes de la derecha nuevo plomo derretido, cayendo en las llagas enconadas de la patria, y ruega que todos se calmen. Pero el presidente, asaltado por tanto número de personas, aturrido por tantos gritos discordes, se deja sorprender y levanta la sesión, pretextando no haber asunto alguno á la orden del día. Permanecen los diputados de la izquierda inmóviles en sus bancos, y los alcaldes de París inmóviles en su tribuna hasta que todo el mundo ha salido y se ha despejado el salón. Unos y otros se entregan á las mismas tristes reflexiones. Queríase con aquella visita y aquella recepción reconciliar á París con Versalles, á la gran ciudad con las demás ciudades, y resultaba un nuevo motivo de discordias y de resentimientos. Hábil telegrama, redactado prudentemente, para el golpe; mas no oculta la verdad. Cuando París la sabe toda entera, se indigna y persiste en la idea más propia para alimentar el fuego de la revolución comunera, en la idea de que aquel Congreso no puede en ninguna manera salvar ni la nación, ni la República.

Sin embargo, los alcaldes presentados en Versalles lograron todavía que las elecciones fueran aplazadas del 23 de Marzo al 26 del mismo mes. Tal aplazamiento, victoria de los conciliadores, se decretó ya por la comisión Central con amargura y sin esperanza. «Ciudadanos: decía en su proclama, la reacción nos declara la guerra, y debemos aceptarla, y vencer la resistencia.» Al mismo tiempo que se expresaba así la Comisión revolucionaria, y en el mismo día la última sombra de la autoridad nacional extendida en París, el almirante Saisset proponía solemnemente á la capital de Francia el reconocimiento completo de sus franquicias municipales; la elección de todos los jefes de la Guardia popular, incluso el comandante general; modificaciones á la maldecida ley de los vencimientos; otra ley sobre los alquileres favorable á todos los que pagaban hasta mil quinientos francos anuales; política de amplia conciliación y seguridad completa para la forma republicana, única esperanza de la patria.

¿Había en realidad deseos de conciliación? Los diputados de la izquierda, los alcaldes que aún quedaban al frente de los diversos distritos, deseaban ardentemente que se llegara á un pacto entre la Asamblea de Versalles y el Ayuntamiento de París. Veían que,

vencida la Asamblea, se destrozaba la legalidad para ser reemplazada por fugaz demagogia, inevitable precursora del Cesarismo; y vencida la Comunidad, perdía mucha cantidad de la sangre más ardiente de sus venas el antiguo partido republicano. En esta convicción, en este sentimiento no dejaban ningún día de apremiar á la Asamblea para que decretase las elecciones municipales de París ni al Gobierno revolucionario de París á la vez para que aplazase las elecciones. En este litigio ganaron ocho días y en estos ocho días impidieron que la Guardia nacional de la ciudad, los cien mil hombres armados allí, se lanzasen como un alud sobre Versalles y aplastaran al Gobierno.—¿Qué podía oponer en aquellos días el Poder Ejecutivo de la Asamblea al poder revolucionario de la Comisión central? Cuarenta mil hombres. ¿Pero qué cuarenta mil hombres? De los que en las alturas de Montmartre se habían con tal furia indisciplinado: rotos, vencidos; gente allegadiza; trastornados por el viento revolucionario; indóciles al yugo militar; enemigos de la Asamblea y del Poder Ejecutivo; dispuestos á levantar sus culatas al aire y á perderse en el torrente de la revolución, al cual como

que les arrastraba el vértigo de aquellos terribles días, y el relampagueo de la pública conciencia. En tales horas, cuando la Comunidad no había caído en el descrédito, ni la opinión de la capital en las angustias que más tarde llegaron á sobrecogerla; cuando Francia estaba indecisa y perpleja; cuando la Asamblea misma temblaba y el Gobierno sentía veleidades de conciliación; no bien seguro el ejército, no bien impuesta la ordenanza, una salida impetuosa, una marcha rápida, un ataque entusiasta hubieran decidido el tremendo conflicto á favor de la revolución y hubieran acabado con los poderes regulares bajo el talón de la victoria. Pero los ocho días le dieron al Gobierno tiempo y respiró; le llevaron á su lado Francia; le permitieron traer tropas de refresco más disciplinadas y más seguras; en realidad, le prepararon á la resolución suprema del conflicto. Las negociaciones dieron al Gobierno de Versalles todo lo que el Gobierno de Versalles podía desear, que la revolución no le atacase mientras la revolución era fuerte. Salvado este primer conflicto, el combate era seguro y segura la victoria.

CAPITULO XCII.

EL ROMPIMIENTO.

Varios accidentes encendieron los ánimos, ahondaron los abismos. En una gran parte de París, sobre todo, en el centro dominaban los elementos conservadores de la República, los más dispuestos á combatir la irrupción de aquella demagogia. Estos elementos no se encontraban desarmados. Al contrario, tenían fuerzas de la Guardia nacional á su servicio, y contaban con la parte más rica, y después de todo, más liberal de la ciudad. Disponíanse, pues, á la resistencia, y trataban de apurar todos los medios pacíficos que pudieran haber á las manos antes de entregarse á los medios supremos de fuerza y de violencia.

El primero y segundo distrito de París resuelven oponer alguna resistencia á la dictadura de los comuneros y á las arbitrariedades de su Comisión central. A las diez de la mañana del veintiuno de Marzo reuníanse varios jefes de batallones amigos del orden y de la conciliación. El programa de estas reuniones podía fácilmente cumplirse por su sencillez y por su claridad. En política sole-

mos ser los latinos demasiado ambiciosos é impacientes. Somos ambiciosos, porque nuestros programas han de contener desde ideas abstrusas de metafísica y religión hasta organizaciones políticas perfectas, y las consecuencias económicas y sociales que de estas organizaciones se derivan; y somos impacientes, porque después de haber trazado una constitución ideal, con todas sus derivaciones y todas sus armonías, perfectamente encadenada y lógica, saliendo de nuestro cerebro como Minerva de la olímpica cabeza de Júpiter, hecha y derecha, armada de su lanza y ceñida con su casco, todavía exigimos con imperiosa exigencia su realización y cumplimiento con la rapidez misma de la idea. Y la política, ó no es nada, ó es el arte de realizar un ideal. Y la realización del ideal requiere dos condiciones, que son como dos leyes de este portentoso trabajo, mucho tiempo y mucho método. Sin tiempo, todas nuestras improvisaciones son efímeras. Sin método, al realizar un día y de una vez obras, que exigen preparación, precedentes, términos encadenados